

## TOCOLOGIA.

### Reflexiones sobre un error de diagnóstico en un caso de embarazo.

Señores:—Con toda la verdad, con toda la buena fé que á mi juicio deben ser el sello de los escritos médicos, vengo á depositar en el seno de esta Sociedad la confianza de un hecho de mi práctica, que si para mí tiene mucho de mortificante, puede para otros servir de leccion provechosa. Con este propósito la escribo: ¡ojalá y mi buen deseo no sea estéril!

El 22 de Octubre del año \*\*\* fuí llamado por la Sra. Doña \*\* \*\* con objeto de que la hiciese volver sus reglas que hacia un año estaban suspendidas. Esta señora tenia entonces de treinta y dos á treinta y cinco años de edad, pertenecia á una buena familia, es delgada, de temperamento nervioso y dismenorreica desde que entró en la pubertad. En lo general ha sido sana; no ha padecido en su vida sino de accidentes muy leves, nerviosos por lo comun, y yo, que hacia tiempo visitaba á su familia, siempre la habia visto sana, contenta, llena de animacion y de vida, de movimientos ligeros sin desenvoltura, y de conversacion honesta sin gazmoñería; una muger, en fin, toda espiritual, agradable en el estrado, pero absolutamente escasa de atractivos físicos.

Atribuia la falta de su período á una impresion moral muy viva que sufrió en dias del escurrimiento (hacia un año); pero de este suceso, es decir, de la falta de menstruacion, ella segun decia se alegraba, tanto por los dolores con que venia, cuanto por lo naturalmente desagradable de ese flujo revelador de la miseria de un sexo que tiene la pretension de ser comparable á los ángeles. Estaba, pues, contenta del estado que guardaba; pero por acceder á las súplicas de su familia alarmada, y porque ya la molestaba un tumor que tenia en 'el vientre, apelaba á los auxilios de mi facultad.

Desde luego la dije que era preciso se sujetara á un reconocimiento para poder decidir sobre la naturaleza del tumor, y ella accedió con la mejor voluntad del mundo. Puesta en la cama y descubierto el vientre no me fué difícil palpar al traves de las paredes abdominales un tumor piriforme, duro, liso, situado en la parte media del vientre y que se levantaba desde el hipogastro hasta tres dedos arriba de la cicatriz umbilical. Por su parte mas baja ó pedículo, este tumor, que indudablemente representaba al útero, se continuaba á la izquierda con otros mas pequeños aglomerados en la fosa iliaca, dentro de la cual se perdian. En el lado derecho no se encontraba nada anormal ni hundiendo fuertemente los dedos, lo

que se podía hacer bien por ser muy delgada la pared del vientre. El estetoscopio solo me reveló un soplo muy fuerte, isócrono á las pulsaciones arteriales, situado en el lado izquierdo del tumor.

Puesta en pié la señora y apoyada contra un mueble la reconoció por la vagina; apenas me fué posible alcanzar el cuello, que me pareció reblandecido, y antes de eso pude persuadirme de que faltaba el himen, y de que el canal vulvar era bastante amplio para prestarse al paso de un espejo.

Me resolví á ponerlo pues llevaba conmigo uno de Fergusson (de tres centímetros de diámetro); pero este medio de exploracion tampoco me fué del todo satisfactorio, porque la mucosa de la vagina obstruia parte de la area del espejo. Sin embargo me pareció ver que el cuello estaba plano y fuertemente dirigido hácia atras.

En resúmen: la señora de que me ocupo tenia en la parte media del vientre, detras de la línea blanca, un tumor piriforme, duro, liso, que se extendia desde el púbis hasta tres dedos arriba de la cicatriz umbilical, que por su parte inferior comunicaba con otros varios tumores aglomerados en la fosa iliaca izquierda, que á la auscultacion daba un soplo fuerte en la parte mas alta de su lado izquierdo.

¿Cuál era la naturaleza de este tumor? He aquí la cuestion que yo estaba llamado á resolver y que sin embargo dejé insoluta. Varios motivos habia para diagnosticar un embarazo: la forma del tumor, su situacion, la falta del período catamenial y el soplo que se percibia clara y distintamente; pero ¿no podia el tumor ser formado por el mismo útero lleno por algo que no fuese el producto de una concepcion, por un depósito de menstros, por ejemplo? La cosa no era imposible; y admitida la posibilidad, fundándola para corroborarla en el histerismo natural de la señora en cuestion, quedaba explicada la forma y consistencia del tumor, así como el soplo, que por un efecto mecánico podia producirse en los vasos de la pélvis. Por otra parte, dando fé al dicho de la señora, la amenorrea databa de un año, y en consecuencia no era posible tenerla en cuenta para fundar una sospecha de embarazo y sí para considerarla como la causa productora de una coleccion *intra-uterina*, cuya entraña, como se sabe, crece en casos de esta especie de una manera mucho mas lenta que cuando su cavidad es ocupada por un germen que se desarrolla. Fuera de estas consideraciones, bastantes á mi juicio para hacer inclinar el ánimo á favor de la honra de la enferma, mediaba á mas una prevencion de mi juicio favorable á sus costumbres, y, sobre todo, la falta de algun signo de certidumbre, como el traqueteo, los movimientos propios del feto ó los ruidos de su corazon, para que el fiel se inclinase á una presuncion ó certidumbre opuestas.

Hice, pues, á la señora cuya historia vengo detallando, la honra de suponerla en estado patológico; pero como mi certidumbre no era absoluta, como de aquel

fondo de seguridad que yo procuraba acaudalar se levantaba una duda, cierta desconfianza en la flaqueza de las mugeres, quise antes de obrar con arreglo á mi juicio oír el de algunos compañeros á quienes me proponia exponer las varias consideraciones que brevemente dejo apuntadas. Propuse á la familia una junta y mi propuesta fué aceptada; pero en vez de hacerla con las formalidades de costumbre, es decir, reuniéndome á los médicos consultores en un mismo dia y á una misma hora para que reconociésemos á la enferma y hablásemos acerca de ella, fueron vistos en lo particular y aisladamente los Sres. X. y Z. No sé cual fué el juicio del primero; en cuanto al del segundo, he aquí lo que me ha relatado y sirve de conclusion á la historia. En su primera visita el reconocimiento que practicó solamente le hizo distinguir el tumor abdominal con los caracteres de que he hablado, y á la auscultacion el soplo en la mitad izquierda del tumor sin nada que se pareciese á los ruidos del corazón fetal, *aunque se buscaron con empeño*, por haber sospechado un embarazo él, que no estaba preocupado como yo en favor de la virtud de la enferma. Al siguiente dia volvió con ánimo de aplicar el espejo; pero antes de ponerlo tocó nuevamente por la vagina, y su dedo, que pudo reconocer el cuello del útero reblandecido y dilatado en parte, tropezó con una esfera huesosa situada dentro de la cavidad de la matriz, esfera que no podia ser otra cosa que la cabeza de un niño, supuesto que el práctico que hacia el reconocimiento buscó y encontró la sutura sagital y una de las fontanelas. El espejo era ya inútil; la incógnita habia sido despejada. Z. lo hizo comprender así á la señora, y ésta confesó hasta entonces de plano. Tres dias despues de esto fué nuevamente llamado el Sr. Z. porque la señora estaba muy mala: habia parido el dia anterior un feto muerto, como de seis meses de edad segun dijeron á mi compañero las personas de la familia que estaban en el secreto, pero feto respecto del cual nada se puede decir á ciencia cierta porque lo hicieron desaparecer. ¡Quién sabe si el cadáver de esa criatura hubiera podido revelar el crimen con que por lo comun procura una desgraciada muger ocultar la culpa que motiva el parto clandestino!

La señora de quien me ocupo ha expiado con una larga série de padecimientos su deplorable flaqueza, pero el ocuparme de ellos seria salir del cuadro de mi historia. Basta lo expuesto para fundar en ella las siguientes

### **REFLEXIONES.**

Que con fundamento ó sin él padecí una equivocacion, el hecho es innegable: yo suponía que aquel útero estaba lleno por una coleccion de menstruos cuando en realidad lo estaba por el producto de una concepcion. Anduve por fortuna prudente; de otra suerte, ¡cuál no hubiera sido mi confusion si por evacuar la en-

traña, dilato el cuello, hiero el huevo, y en vez de sangre recibo al niño tan violentamente exclaustrado!

Me equivoqué, lo confieso. Pero ¿por qué padecí ese equívoco? No por disculparme, pues antes que esto mejor era callar, sino porque la presente historia sirva de una buena advertencia, me propongo demostrar que el error era posible, y que la torpeza no consintió tanto en la inexactitud del diagnóstico, cuanto en la ligereza con que obré, contentándome con un solo reconocimiento antes de convocar la junta médica.

La obstetricia, no obstante los adelantos de la época, es uno de los ramos de nuestra ciencia que como todos los demas frecuentemente expone al médico á poner de manifesto su falibilidad ó su impericia, lo que á primera vista parece increíble, supuesto que la preñez y el parto son funciones fisiológicas en que todo ó casi todo es mecánico; hechos que por ser de todos los dias están en su generalidad al alcance hasta de la gente vulgar. En efecto, pasa por la calle una muger con su vientre abultado, inclinando hácia atras la parte superior del cuerpo para no salir de su centro de gravedad, con su andar mesurado y lento, con su semblante ajado y sin embargo interesante, y no hay quien al verla deje de conocer y de atinar, por lo comun, que lleva en el vientre un fruto de su especie; que la tal muger es madre.

Pero hay casos, no raros, en que ese estado tan toscamente perceptible engaña al vulgo y aun á los médicos. No seria estraño que en la anterior suposicion la muger que se creyó grávida no lo estuviere, sino que su vientre fuera abultado por un quiste del ovario, por alguna afeccion uterina ó por una hidropesía ascitis. Si el equívoco fué cometido por algun juzgador malicioso estraño á la ciencia no tiene importancia alguna: mas de una vez se equivoca el vulgo de esta suerte, y sus errores caen y se pierden entre otros infinitos que á cada paso cometemos los mortales.

Pero nuestros errores profesionales tienen hondas consecuencias para la muger, para el niño aun no nacido, para la sociedad y para la profesion, cuyo brillo es fácil de empañar por grande que sea la indulgencia con que la sociedad juzgue los actos del médico. Fuera de desear, por tanto, que Dios nos concediese alguna mas perspicacia á quienes nos desvelamos en la penosísima tarea de luchar á todas horas con la muerte; pero ¡vano deseo! todo lo que no se pueda conseguir por el estudio y por la experiencia, ora de lo que á cada quien en lo particular acontezca, ora repasando y teniendo fija en la memoria la larga lista de los errores de otros, no se conseguirá nunca por misteriosas inspiraciones. Por esto es bueno que los médicos publiquemos nuestras derrotas de preferencia á nuestros triunfos; por eso doy lectura á esta historia; y por esto, finalmente, me permito recordar en breves palabras algunas otras equivocaciones cometidas por profesores respetables.

Mr. Joulin, en su «Tratado de partos», pág. 439, dice que el año de 1860 fué solicitado por una señora de la calle del Temple para que le contuviese una hemorragia grave por su abundancia, y cuyo principio remontaba á mas de un mes. El médico que le habia precedido habia roto toda relacion con esa familia, por lo que no pudo tener mas datos que los que le proporcionó la enferma, *los cuales eran bastante precisos*. Se habia diagnosticado un aborto; y aun cuando el producto de la concepcion, que se presumia fuese de seis semanas, no fué encontrado entre los coágulos y ropas de la enferma, el diagnóstico del primer médico fué respetado, y el tratamiento consecutivo instituido á propósito. Desde el principio de la hemorragia la enferma no habia vuelto á tener relaciones sexuales con su esposo, y Mr. Joulin confiesa que no le pasó por la imaginacion que el embarazo hubiera podido continuar despues de lo ocurrido. Con esta creencia hizo cauterizaciones hebdomadarias en el cuello del útero para curar una gran ulceracion que allí se encontraba: cuando al mes se presentó un escurrimiento sanguíneo, Mr. Joulin juzgó fuera el catemencial, y, en consecuencia, aseguraba que la señora no estaba en cinta. Esto no obstante la enferma se hallaba inquieta, insistió en creerse embarazada, y exigió nuevos y nuevos reconocimientos, hasta que cierto dia, accediendo á sus instancias, Mr. Joulin examinó las cosas con mas cuidado, pudo oir los ruidos del corazon fetal y tuvo que confesar su error. La señora estaba embarazada de cinco meses y alumbró felizmente á término.

En la tésis que escribió nuestro entendido compañero, mi buen amigo Juan María Rodriguez, como candidato para la plaza de adjunto á la cátedra de clínica de obstetricia, encuentro citado este hecho de su práctica que es demasiado elocuente: «En Noviembre de 1862, la Sra. de P..... sale embarazada por segunda vez. Cinco meses mas tarde fuí solicitado para resolver si habia ó no embarazo, pues la señora estrañaba los accidentes que acompañan al primer preñado. El abultamiento ligero del vientre, la suspension de los menstruos, el desarrollo de las mamas, la areola cobriza que rodea al pezón, la hipertrofia de los tubérculos papilares, el estado particular que guardaban la vagina y el cuello del útero, todo hacia sospechar que pudiera haber embarazo; pero faltaban los signos ciertos y por eso me abstuve de emitir mi opinion, aconsejando á la Sra. de P. dejase al tiempo la resolucion del negocio. Llega el noveno mes y vuelvo á ser llamado. El volúmen del útero es tal que sube al epigastrio. El tumor es ovoide, elástico y fluctuante; el tacto vaginal nada alcanza á traves del segmento inferior de la matriz; solo sí hay una resistencia elástica; no hay traqueteo. La auscultacion no revela mas que el soplo intermitente muy intenso. *La enferma no ha sentido nunca movimientos en el interior del vientre*. Hay dispnea, tos, insomnios, anorexia y edema de los extremos inferiores. Consulto con el Sr. Garro-ne, quien á su vez todo lo encuentra negativo: él cree, como yo, que se trata de

« un quiste intra-uterino, supuesta la fluctuacion y demas signos que llevo referi-  
« dos: por lo mismo, nos resolvimos á hacer una puncion exploradora que empla-  
« zamos para despues de tres dias, aconsejando de pronto á la enferma lo que crei-  
« mos pudiera aliviarla. D. Ramon Alfaro la ve despues y asegura que hay em-  
« barazo, aunque para mí no funda su diagnóstico. No obstante, éste sale cierto.  
« En el momento en que debia ser operada la Sra. de P., se insinúa el trabajo, se  
« rompen expontáneamente las membranas, y hasta entonces fué cuando introdu-  
« ciendo el índice de la mano derecha lo mas alto que me fué posible pude diag-  
« nosticar la presentacion y posicion del feto: era la *céfalo iliaca izquierda dorso*  
« *posterior*, la segunda del hombro izquierdo (Naegelé). Practiqué la version po-  
« dálica, extraje el producto vivo, y la Sra. de P. no tuvo accidentes.»

Una muger, á quien curaban en un hospital de clínica *por una congestion he-  
pática*, curó repentina y radicalmente pariendo con grande asombro del profesor,  
que se habia ocupado de ese caso muchas veces en sus lecciones. (*Clinica de Es-  
trasburgo, Gazette medicale, 1833, pag. 25.*)

Bastan, segun creo, estos tres hechos, para demostrar la posibilidad de que un  
embarazo, aun en sus últimos meses, pase sin poder ser diagnosticado. Apun-  
taré ahora algunos otros en que el equívoco consistió en suponer embarazo donde  
en realidad no lo habia.

Mr. Desormeaux dice que á una muger del barrio de San Marcelo (Paris), que  
creyó en cinta, le practicaron la paracentesis suponiéndola hidrópica. La pobre  
muger murió pocos dias despues, y el referido Mr. Desormeaux fué llamado para  
que practicara la operacion cesarea. El cadáver le reveló que solo habia periton-  
itis y *cáncer en uno de los ovarios*. Mr. Velpeau, al referir este hecho en su  
Tratado de partos, tomo 1º, pág. 238, añade: « Contra tan groseros errores es en  
« vano invocar las reglas del arte; *pero hay casos de tal manera oscuros, que el*  
« *práctico mas instruido puede realmente equivocarse.*»

El mismo Mr. Velpeau, en su obra citada, pág. 244, refiere que una señora  
de edad de treinta y ocho años, que contaba doce de no haber parido, le hizo lla-  
mar el año de 1823 para prevenir un aborto de que se creia amenazada, suponién-  
dose en el cuarto mes de su preñado. El volúmen del vientre y numerosos fenó-  
menos simpáticos parecieron apoyar este aserto. Ella habia sentido movimientos,  
y el escurrimiento sanguíneo ligero que la asustaba habia sido causado por un  
ejercicio violento. Dos dias despues todo entró en órden, pero la escena se repi-  
tió dos meses mas tarde, hasta que llegó por fin el término tan deseado. Una  
partera muy instruida permaneció cerca de la enferma, la cual pasó tres dias en  
medio de los sufrimientos mas vivos sin que el parto avanzara. « *Je touche*, dice  
« Mr. Velpeau, *et je trouve le col ainsi que la totalité de l'uterus dans l'état na-*  
« *turel!* Confesé, agrega, que no habia preñez, y cuatro dias despues ví que el

« volúmen del vientre habia disminuido, que nada habia salido por las partes sexuales, y que la salud de esta dama se habia restablecido.» (1)

Smellie habla de una muger á quien un partero se empeñó en desembarazar, no obstante que aquella no estaba en cinta.

Es bien sabido el hecho de la esposa de uno de nuestros ancianos y buenos profesores, que sintiéndose en trabajo de parto cuando segun sus cuentas era llegado el término de la preñez dispuso todo lo relativo al alumbramiento, llamó á los cuatro médicos que habian seguido la marcha del embarazo, y esperó tranquila el feliz instante de dar á luz á su hijo, en cambio del cual solo espelió líquidos y gases... ..

Russel (*Meissner, Progrés de l'Art des accouchements de 1801 á 1825*) habla de una muger que habiendo presentado todos los síntomas de la preñez, supresion de reglas, aumento del volúmen del vientre, excrecion láctea, movimientos del feto, fué desembarazada á los nueve meses por una hemorragia.

En la misma tesis de Rodriguez antes citada, encuentro este otro tan curioso como elocuente por haber intervenido en él un médico de indisputable buen juicio, de penetracion admirable y de justificada sabiduría. Dice así: «El Sr. Jimenez (D. Miguel), que no pierde ocasion de enseñar la riqueza de su profundo saber, y que con la misma franqueza con que defiende una verdad confiesa un error, pues ha comprendido que el profesorado se desempeña mejor así, me ha referido que desde Marzo de 1858 se supuso embarazada la jóven P. muy recien casada. No obstante esto, desde Mayo comenzó á tener una pérdida continua de sangre en muy pequeña cantidad pero incesante, que duró hasta Setiembre del mismo año, sin que él pudiese formar nunca juicio exacto de su origen, pudiendo solo sospechar que se trataba de una placenta implantada en el segmento inferior de la matriz. En Octubre volvió á presentarse la hemorragia en el mismo grado, la que duró hasta fin de Noviembre. El volúmen del vientre y los otros signos racionales de la preñez seguian su curso natural, y á mediados de Octubre el Sr. Jimenez quedó persuadido de tal embarazo porque creyó percibir en el flanco derecho de la madre los latidos del corazon del feto. El trabajo se estableció el 27 de Noviembre con dolores característicos y una pérdida algo abundante: creyó confirmado su juicio de que habia una insercion viciosa de la placenta, porque en el orificio del útero, que empezaba á dilatarse, tocó un cuerpo blando y elástico que le impedia determinar la presentacion y posicion del feto. Tuvo que separarse de la parturiente unos cuantos momentos, y al volver la encontró con que habia dado á luz, en medio de una hemorragia terrible, una

---

(1) Es muy probable que en este caso se haya tratado de una fisometría, pues no es creíble que el útero inmensamente desarrollado estuviese vacío.

«gran masa hidatiforme, muy parecida á un racimo de uvas blancas. Como la «hemorragia y los dolores continuaban, exploró á la señora y halló el vientre casi «vacío: el globo uterino, duro y muy reducido, como en un parto ordinario que «acaba de verificarse; la vagina ocupada por otro racimo semejante al anterior (tal «vez parte del que habia salido ya), que pendia del interior del útero, á donde lo «siguió á través del cuello. Procuró extraerlo y lo consiguió en el acto, cesando «la hemorragia desde luego.»

Ya vemos por lo someramente narrado cuán posibles son los errores de diagnóstico en obstetricia, ora desconociendo el embarazo, ora suponiéndolo donde otro estado cualquiera reviste alguna de sus formas. Errores hay de tal manera groseros que apenas se conciben; pero en otros queda para consuelo del práctico la persuasión de que la naturaleza es á veces tan caprichosa, gusta tanto en ocasiones de rodearse del misterio, que hace perder entre sus nieblas la luz de la mas clara inteligencia. En el caso que motiva este escrito creo que habia lo bastante para engañar á un hombre diestro: ¡cuánto mas no habia para que yo me perdiese en un dédalo tenebroso!

Recuérdese que la Sra. \*\* es de constitucion histórica, dismenorreica desde que entró en la pubertad; que estando en uno de sus períodos catameniales recibió una impresion moral muy viva, á consecuencia de la cual se retiró la sangre; que de esto contaba un año cuando yo fuí consultado; que la persona de quien se trata pertenece á una familia honorable por su conducta, y se verá que no escaseaban los antecedentes para inclinarse mas bien al lado favorable que al adverso. Es verdad que en mucho de esto, como por ejemplo en lo relativo al tiempo de la época crítica, pudo haber superheria; pero decia con tanto aplomo la Sra. \*\* que se alegraba del suceso; se prestaba á un reconocimiento con tanta voluntad, con tanto candor, si se me permite la palabra; habia tal fondo de sencillez en lo que decia y en sus actos, que era imposible desconfiar de la verdad de sus relatos. Tenemos pues hasta aquí una simple presuncion, pero toda en favor de la dama que nos ocupa.

Todo esto sin embargo hubiera venido por tierra si al practicar el reconocimiento se hubiera encontrado algun signo de aquellos que redondamente esclarecen estas cuestiones. Yo no los encontré; primero, porque faltaban algunos; segundo, porque no busqué los otros con la debida insistencia. Faltaban los ruidos del corazon fetal: hay para creerlo así, no solo el que yo no los percibiese y el dicho de que la criatura nació muerta, sino el hecho de haberlos buscado en vano empeñosamente nuestro compañero el Sr. Z. Faltaban tambien, como era consiguiente, los movimientos activos del feto, que alguna vez se hubieran podido percibir entre tantas ocasiones en que el tumor uterino fué percutido y palpado por la mano de tres médicos. En cuanto á los movimientos pasivos ó comunicados, yo los bus-

qué por la vagina, segun recomienda la escuela francesa; pero como el cuello uterino estaba alto por contar ya seis meses de fecundado, mi dedo no lo alcanzó y en consecuencia el traqueteo no fué posible. Debiera haberlo buscado como aconsejan los alemanes, práctica introducida en México por Rodriguez, es decir, colocando á la señora en decúbito lateral é imprimiendo á la matriz sacudimientos secos y rápidos con la mano puesta en la parte declive, pero confieso que no se me ocurrió la maniobra. Me faltaron tambien los signos de presuncion y de probabilidad que dan las mamas, etc., porque en nada de todo ello me fijé temiendo ofender el pudor de la muger que exploraba. En resúmen, el caso de que me ocupo puede concretarse á estas breves palabras: embarazo clandestino de seis meses; feto muerto en el vientre; antecedentes favorables á la madre; signos del momento negativos en su mayor parte.

Supuesto esto, vuelvo á repetir: ¿era posible equivocarse?..... Sí, á no dudarlo. Pero los médicos debemos de ser muy severos para con nosotros mismos, y yo quiero serlo ahora en grado muy alto para que mi propio juicio venga á ser como la expiacion de mi falta. Yo no me debiera haber preocupado en favor de la Sra. \*\* Un médico, y sobre todo un médico experimentado, en casos de esta especie debe recordar siempre que camina por un terreno resbaladizo; que la flaqueza de la muger es tan antigua como el mundo, supuesto que ella abre la historia de la generacion humana; debe recordar que lo mismo peca la muger bien nacida que la de origen humilde; y por último, que en las mugeres la ficcion es un sentimiento de instinto; que por necesidad, por placer, ó por conveniencia, procuran engañar á todo el que pueden, y aun á veces á ellas mismas. Con esta persuasion que lastima, porque en realidad no es otra cosa que un doloroso escepticismo, el médico práctico se acercará prevenido á la muger que lo consulta, ora sea ésta una jovencita que por su castidad labre las delicias de sus padres, ora una matrona que viva en olor de santidad, ora nazca el tronco de su árbol genealógico entre cetros y coronas, ora se pierda entre los harapos de los miserables.

Yo no sé si tenga algo de inmoral el predicar esa desconfianza incesante; pero aun así admito la responsabilidad, porque entiendo que es muy venial el pecado de la malicia cuando se comete por salvar grandes intereses comprometidos. Si la primera sospecha sale infundada, ¡qué felicidad para nosotros mismos el publicar con nuestra voz autorizada la inocencia de la muger reconocida! pero si al contrario, la ciencia nos pone al corriente del delito que se oculta, ¡de cuántos medios no podemos disponer para arreglar un desenlace prudente y mas ó menos feliz segun las peripecias que vengan rodeando al hecho en cuestion!

Un error de buena fé acreditará cuando mucho que el médico tiene una alma generosa y noble; pero es perjudicial aun para él mismo, porque lo lleva al ridículo, y lo es mucho mas para las personas vivamente interesadas en la escena,

porque el desenlace del suceso queda al azar de la suerte, y ésta es á veces tirana con quienes por necesidad deben quedar sometidos á sus fallos.

En puntos médico-legales, la malicia debe establecerse como un precepto. Basta que en la cuestion intervenga la justicia para hacer comprender la probabilidad del delito: con tal advertencia debe el médico ser muy minucioso en el exámen y *repetir éste cuantas veces lo crea necesario*, para no emitir su parecer sino cuando se sienta persuadido de que está en posesion de la verdad.

Con este motivo tendré el gusto de recordar aquí las significativas palabras que en una de sus lecciones orales sobre esta delicada cuestion pronunció el año de 1870 el entendido profesor de clínica de obstetricia, mi ya citado amigo Juan María Rodríguez: « Debemos estar alerta, decia á sus discípulos, y no subordinar « nuestras impresiones á las ideas preconcebidas que se trate de comunicarnos. En « los casos comunes aceptemos en buena hora los datos que nos suministre la mu- « ger, aunque siempre despues de haberla interrogado de diversas maneras varias « veces para reconocer la exactitud ó inexactitud de sus recuerdos. Mas en cier- « tas ocasiones es preciso emplear mucho discernimiento y aun astucia para saber « la verdad. Podrá suceder que con la mejor buena intencion, pero preocupada « con la halagüeña idea de ser madre, una muger convierta sus esperanzas en un « hecho real, consumado; exagerará entonces todas sus sensaciones ilusorias, y las « pintará de tal modo, que logrará preocupar al médico mas malicioso y precavi- « do. Pero podrá suceder tambien que la muger tenga interes, necesidad impres- « cindible de ocultar su estado; en estas circunstancias no solo no revelará lo que « realmente sintiere, sino que aun alegrará las razones mas satisfactorias para pro- « bar que el hecho no es posible. Esto supuesto, ¿qué deberá hacer el práctico « cuando tuviere delante de sí una desgraciada muger á quien convenga ocultar « y negar su estado interesante? Para mí la cosa es bien sencilla. Apelaré á to- « dos los medios que el arte tiene para poder adquirir una conviccion íntima, pro- « funda: si eso no se lograre, si el preñado fuere dudoso, *esperar*; pero si los signos « obtenidos fueren inequívocos, *callar*, mas no sin advertir á la interesada, y na- « da mas que á ella, que la ciencia nos ha hecho confidentes del fatal secreto. Las « mugeres son muy perspicaces y saben sacar partido de nuestra caballerosidad « cuando se trata de los negocios que atañen á su buen nombre: no hay mas que « infundirlas confianza. Nuestro deber, despues, es auxiliarlas y salvarlas de la « deshonra.» (1)

No quiero concluir este tan pequeño como desaliñado trabajo sin recomendar antes el mayor escrúpulo en la investigacion de los dos signos mas importantes

---

(1) *Lecciones orales dadas por el profesor D. Juan María Rodríguez en la cátedra de clínica de obstetricia el año de 1870, recogidas por D. Angel Contreras.*

del embarazo: el *traqueteo* y la *auscultacion del vientre*. Para el primero es preciso no conformarse con buscarlo segun el procedimiento que entre nosotros se habia hecho clásico, sino apelar al método de la escuela alemana, del que he hablado en fojas anteriores. En cuanto al segundo, la auscultacion, *es preciso* no limitarla á la línea que va del ombligo á la espina iliaca anterior y superior izquierda, sino aplicar el oido por todo el campo del vientre, figurándose que se ausculta el útero inmediatamente y en consecuencia por los puntos que corresponden á toda su superficie accesible, por arriba, por abajo, por delante, por detras. Se concibe la importancia de este precepto reflexionando en que no siempre el feto guarda una misma posicion dentro del vientre, que es un cuerpo que flota dentro de un líquido, y que en consecuencia su corazon estará unas veces mas á la izquierda, otras mas á la derecha, unas hácia el fondo de la entraña y otras hácia el dorso de la madre. Merced á este síntoma de exploracion me cuenta Rodriguez que pudo una vez diagnosticar á ciencia cierta un embarazo clandestino de cuatro á cuatro y medio meses, donde otros dos facultativos (uno de ellos muy respetable por su sabiduría) solo habian encontrado motivos de sospecha.

He procurado ser sóbrio en las varias reflexiones que surgen del caso relatado por no abusar de la benevolencia de las personas que me escuchan; pero quiero persuadirme de que, aunque breves, ellas son bastantes para poner alerta en su práctica á los jóvenes que comienzan á andar en el espinoso sendero donde los que vamos envejeciendo hemos cosechado tantas amarguras, y en el cual desearia que solo tuviesen ellos motivos de satisfaccion y de gloria.

México, 19 de Abril de 1871.

MANUEL DOMINGUEZ.

---

### **Dos palabras sobre la causa de dystocia llamada "Enclavamiento de la cabeza del feto."**

No siempre que la cabeza del feto se detiene en el canal vulvo-uterino puede decirse que se encuentra enclavada. Para que esto sea, preciso es que la cabeza, encajada á mayor ó menor profundidad dentro de la excavacion pelviana, no pueda moverse, hácia arriba, si el obstáculo estuviese en el estrecho superior y éste haya podido ser atravesado en virtud del excesivo esfuerzo de las contracciones uterinas y de la reducibilidad de volúmen de la bóveda craniana; hácia abajo, si el estrechamiento existiere en el estrecho inferior; y hácia los lados, si dependiese del acortamiento anómalo de los diámetros de la excavacion.

Como se sabe, esta disminucion de la longitud de los diámetros de la excavacion pelviana y de sus estrechos puede depender de que en realidad haya una viciacion